



JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA
Patronato de la Alhambra y Generalife



~ *Avivando el recuerdo*

EMILIO DE SANTIAGO SIMÓN

Académico de la Real Academia de Bellas Artes de Granada

RESUMEN

Emilio de Santiago hace un repaso de la historia de la revista, y recuerda el papel que desempeñaron algunas figuras, cuya labor engarza con la primigenia tarea de los Gómez-Moreno, auténticos progenitores de una línea de estudios del arte y la arqueología. También rememora la labor artesanal de edición de *Cuadernos*. Es el recuerdo de *Cuadernos de la Alhambra* para comprender el presente y el futuro.

PALABRAS CLAVE

Memoria. *Cuadernos*.

SUMMARY

REVIVING THE MEMORY

Emilio de Santiago makes a review of the history of the magazine, and remembers the role that some persons played. In some way, the work they did, and that which is still to be done by their successors, was set in the original task of the Gómez-Morenos, they were both the true fathers of a line of studies into art and archaeology. He also remember the handmade task of the publication of the Notebooks. This is the memory of Cuadernos de la Alhambra to be able to understand the present and the future.

KEY WORDS

Memory. *Cuadernos*.

JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA
Patronato de la Alhambra y Generalife

Un viejo adagio nos advierte que «recordar es volver a vivir». Y a fe mía que tiene sobrado margen de verdad. Quizá, por este motivo, acepté gustosísimo la invitación de la directora del Patronato de la Alhambra para añadir un breve texto salido de mi particular Minerva a otras más eminentes y peritas colaboraciones que el presente volumen reúne. La memorable ocasión de cumplirse el cuadragésimo aniversario de la aparición de los *Cuadernos de la Alhambra* requería que todos cuantos hemos participado —sea mayor o menor el grado de nuestra implicación en ellos— testimoniemos de la forma que fuere el homenaje que merece publicación tan señera. Criatura de ciencia que vio la luz merced a la tenaz voluntad de trabajo de sus promotores y a la copiosa dosis de ilusiones que al proyecto supieron agregarle. No les disuadieron un ardite en su empeño concienzudo, ni la precariedad de economía ni lo anticuado de los medios técnicos de que se disponía en aquel entonces. Y es que, dentro del arabismo español, muy especialmente el granadino ha sido rara ave de iniciativas científicas de alto bordo que lo sitúan en la avanzada más delantera del variado ámbito que a esta modalidad de estudios afecta. Primero, *Al-Andalus*, publicación de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada; luego, *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, para culminar con *Cuadernos de la Alhambra* son el claro exponente de un ramillete de publicaciones periódicas que acaso no tengan posible parangón en ningún otro lugar, así sea en cantidad cuanto en calidad. Vieron la luz primera estos *Cuadernos* mediada la década de los sesenta. En una hora histórica de España en que semejante empresa venía a suponer toda una aventura de incierto destino. Con un ligero titubeo, ya en la presentación del primer volumen, el otrora presidente del Patronato de la Alhambra, Gratiniano Nieto Gallo, se declaraba en la confiada espera de que las iniciativas y colaboraciones que pudieran recibirse en el futuro llegarían a hacer de esta nueva publicación un vehículo de difusión de conocimientos e investigaciones que vendrían a llenar el amplio hueco que los estudios del arte y de la arqueología del último bastión del Islam andalusí tenían —y aún tienen— por llenar. Desiderata inicial que se vio satisfactoriamente cumplida con el paso del tiempo. Desde este balbuceo primitivo hasta la feliz realidad actual, han pasado muchos años. Muchos de aquellos adalides pioneros —por no decir casi todos— ya, desgraciadamente, no están entre nosotros. Queda, sin embargo, bien vivo su espíritu emprendedor y el ejemplo sostenido de su trabajo paciente y riguroso.

Mi pobre verbo no alcanzaría a tener el suficiente brillo expresivo para traer aquí, en la medida justa de su dimensión protagonista, el recuerdo del decisivo papel que desempeñaron beneméritas figuras del fuste de Jesús Bermúdez Pareja, Darío Cabanelas, ofm., Luis Seco de Lucena, Juan Martínez

Ruiz, M.^a Angustias Moreno Olmedo y un largo etcétera en el que resaltaría la persona del profesor Pita Andrade, primer director que fue del Consejo de Redacción, afortunadamente en activo todavía en su actividad profesional. En cierto modo, la labor desarrollada por ellos, y pendiente aún de desarrollar por sus continuadores actuales, engarza con la que fuera la primigenia tarea de los Gómez-Moreno (padre e hijo). Ambos fueron los auténticos progenitores de una línea de estudios del arte y la arqueología que marcó época en esta ciudad y que sirvió de riguroso preludio a todas las investigaciones posteriores perfeccionadas, claro está, en orden a su ascendente cota metodológica y nuevos hallazgos de todo tipo. Nada ha servido de mayor constatación de esta móvil realidad sustancial que estos *Cuadernos*. Cuarenta años de progresivo perfeccionamiento, con el impulso de una cada vez mayor apertura del espectro temático tratado, han ido enriqueciendo el acervo poco común de investigaciones y estudios en torno al policromo ámbito del arte y de la civilización de la Granada islámica. Viéndose ampliado el conjunto con un complejo contexto de territorios nuevos en cuyos alfores se instalan numerosos referentes imprescindibles para un concepto aseado y cabal de la intrahistoria alhambrena, concebida desde la más unamuniana acepción del término.

Como aludí al inicio, la evocación del nacimiento de esta publicación, cuyo cumpleaños festejamos, es un volver a vivir sus estelares momentos que mi memoria arracima en un rincón amable y que trato de pergeñar ahora bajo la especie de testimonio presencial y vívido. Con helvética precisión, conservo el recuerdo lejano de las idas y venidas con montones de galeradas a la vieja tipografía Urania, donde se componían los textos plagados de voces árabes escritas en su peculiar grafía o transliteradas con un complejo sistema de tildes que, a veces, volvía locos a los tipógrafos y no menos a los que teníamos que efectuar las correcciones oportunas. Cómo me parece devolver a la realidad aquellas penosas labores iniciales que, por extraña paradoja, se me antojaban enormemente fascinantes y didácticas. Todo se hacía antaño con la industriosa y paciente labor del artesano. Las manos, la sagaz pericia visual, eran las herramientas, no siempre infalibles, que se ponían en uso exhaustivo. Todo se planteaba como un auténtico reto del que había, por fuerza, que salir victorioso a toda costa, a fin de que la publicación rayara la altura exigible y debida. Con especial claridad de perspectiva, puedo evocar la enorme atención, los cuidados infinitos que desplegaba fray Darío Cabanelas en pulir convenientemente la puntuación y la redacción de los distintos artículos, la correcta transliteración de las voces árabes o la ordenada impresión de las ilustraciones con sus correspondientes pies. El desaparecido catedrático de árabe que tanto —pese a sus



Vista general de la Alhambra. Archivo: Alhambra. Colección fotográfica (fotografía: Adrian Tyler, 2006)

afanes por disimularlo— ejercitó su galaico talante de habilísima diplomacia, con hábito de franciscana estameña ceñida por albo cordón, metía en la carpeta, cuidadosamente dispuestos, los folios mecanografiados que le llegaban de diferentes autorías. Con lento paso ceremonioso y firme, como el gran brahmán orteguiano, se dirigía una tarde y otra a la imprenta. Muchas veces lo acompañé, siendo yo apenas un alumno (quizá más curioso que aventajado) de los últimos cursos de la especialidad de Filología Semítica de la Facultad de Letras de nuestra Universidad. Me atrevería a afirmar que, proporcionalmente, aprendí mucho más en aquellos múltiples trasiegos, en aquellas frecuentes visitas a la tipografía, en aquel prodigioso arte de la corrección que desplegaba, en recoleto silencio conventual, el sabio fraile que en las horas perdidas de lecciones inútiles, de profesores mediocres. Sentado frente a él, en la mesa de su despacho, veía apilarse las hojas, una tras otra, luego de haber pasado su minucioso fielato de los errores, su depurado filtro de los «gazapos» que pululan habitualmente —tal que «geniecillos» perturbadores— por los talleres de imprenta, desde los mismísimos tiempos de Gutenberg.

Pasados los años, la memoria actúa con cierta tendencia a deformar los hechos, hipertrofiando pormenores o, sencillamente, velando de espesa neblina lo que un día acaudaló para preservar con celo, tal que se conservan las reliquias de un pasado irreversible y pletórico de vivencias. Causa viva admiración contemplar la lenta y progresiva singladura de muchos esfuerzos constelados para buscar un fin. Desde su primer albor hasta el día de hoy han ido agavillándose diversas y sustanciosas aportaciones que, vistas con una sinóptica perspectiva, condensan lo mejor que se ha elaborado bajo el común denominador de análisis de un conjunto monumental que supera, muy ampliamente, la mera condición de

turístico atractivo para internarse en un dominio donde se destila la Historia, en esa complicada contradanza de su movimiento zigzagueante y duramente imperativo. Ninguna otra mejor atalaya para divisar el pasado que las miles de páginas que atesoran los muchos volúmenes aparecidos ya de esta revista, testigos inmarchitables de tareas antiguas de perdidos maestros que supieron, en sus aulas o con su palabra escrita, practicar ese difícil prodigio, ese cotidiano oficio de enseñar. Acaso no buscaron ir más allá que servir de vehículo de saberes, conscientes, muy conscientes, de constituir algo así como los eslabones de una añosa cadena que seguirá anudando nuevas savias que prolongarán la vida de estos estudios con la insistencia y el renovarse propio de las olas del mar que cantó Valéry. Mucha es aún la mies que resta por labrar. Nuevos se irán haciendo los horizontes, nueva la nómina de los operarios y todo irá reverdeciendo con sucesivas primaveras, cuando la amarilla sabiduría de los otoños les franquee el paso. A la postre, es esa la esencia del humano transmitir conocimientos para engrandecerlos y aproximarlos en la recta vía del legítimo progreso.

He querido —no sé a ciencia cierta si lo habré logrado— suscitar en estas breves líneas el recuerdo de un ayer para mejor explicar y comprender las valoraciones de un presente, y lanzar la juanramoniana piedra hacia el futuro, en el seguro azar de que será luz. El sutil Novalis afirmaba: «Todo recuerdo es melancólico, y toda esperanza, alegre». Inútil disimular la carga poderosa de tristura que cumple a quien vuelve, obligadamente, sobre lo perdido e irreplicable de una época pretérita trufada de momentos para siempre idos. De igual modo, cuán abrigado de esperanza viene el porvenir, la andadura que resta aún de fértil existencia a esta publicación de tan bello y evocador nombre: *Cuadernos de la Alhambra*.